

# Manuel Aurelio Tavárez Justo. Los frentes gerrilleros de 1963<sup>1</sup>

Roberto Cassá Bernaldo de Quirós<sup>2</sup>

## La decisión de la insurrección

No mucho después de que Bosch llegase al poder, se puso en claro que confrontaba una enconada resistencia por parte de una gama de factores de poder: la cúpula militar, la jerarquía eclesiástica, el grueso de los empresarios, los políticos derechistas, los inversionistas extranjeros y el sector militar del Pentágono dentro del Gobierno de Estados Unidos. El motivo era la acusación, entre algunos abierta y entre otros soterrada, de que Bosch era comunista o, por lo menos, que permitía la acción de los comunistas, con lo que les abría las puertas para que tomaran el poder.

Con el paso del tiempo se fueron acumulando las señales de que se tramaba un golpe en corto plazo. Entre ellas se encontraban las siguientes: las declaraciones de sacerdotes contra el Gobierno y la cláusula constitucional que establecía la educación laica; el enfrentamiento de intereses estadounidenses, por la prohibición constitucional del latifundio y el precio tope del azúcar de exportación; la exigencia de oficiales de las Fuerzas Armadas de que se ilegalizara el comunismo; las

1. Reproducido de la obra del mismo autor, *Personajes dominicanos*, tomo II. Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 2013, pp. 429-438 (Comisión Permanente de Efemérides Patrias, vol. no. 39).
2. Miembro de Número de la Academia Dominicana de la Historia, presidente de su Junta Directiva en el período 2001-2004 y director del Archivo General de la Nación.



manifestaciones de reafirmación cristiana en contra del Gobierno y las huelgas patronales convocadas en el mes de septiembre.

El 14 de Junio se planteó, junto a otros sectores democráticos y de izquierda, convocar a la población para detener el golpe. Se llevaron a cabo varias reuniones con la intención de concertar esfuerzos con el PRD, pero no se logró ningún acuerdo, probablemente a causa de las reticencias del presidente Bosch, quien tenía dudas sobre la movilización popular y se hallaba enfrentado con una parte de la cúpula dirigente de su propio partido. Increíblemente, no se hizo nada ante el hecho anunciado del golpe de Estado del 25 de septiembre.

Después del golpe varió la tónica de la línea política del 14 de Junio. Ahora se trataba de organizar la insurrección, oportunidad que era esperada desde el año anterior. Al parecer, por lo que indican diversos testimonios, entre ellos el de Francisco Jorge Tello, el núcleo de los duros de la Infraestructura decretó por su cuenta la insurrección, sin consultar a Tavárez Justo y sin que mediase una reunión del Comité Ejecutivo Central. No está del todo claro cuál fue la posición inicial del líder, pero probablemente apoyó el punto de vista de que había llegado el momento de lanzarse a la insurrección, por considerar que un Gobierno ilegal proveía el argumento unificador al pueblo alrededor de la consigna de retorno al orden constitucional. Esta fue su postura cuando el tema se puso en agenda en una reunión del Comité Ejecutivo Central, en la cual se aprobó tal directriz.

Empero, la realidad mostró que, en casi todos los aspectos, la Infraestructura se hallaba distante de estar presta para la insurrección. Los preparativos pusieron de relieve que los trabajos de los meses previos no habían superado múltiples deficiencias. Los inconvenientes se iban sumando unos detrás



de otros. Pasaban semanas sin que se iniciaran las acciones armadas. Ni siquiera la seguridad de Tavárez Justo estaba correctamente garantizada, al grado de que el día del golpe de Estado debió asilarse durante varias horas en la embajada de México por temor a caer detenido, actitud que generó comentarios negativos entre miembros de la Infraestructura. El segundo hombre de la organización, Leandro Guzmán, quien debía comandar uno de los frentes guerrilleros, y Daniel Ozuna, otro dirigente, fueron detenidos pocos días después del golpe.

Casi con seguridad, ante la ausencia de preparación, que lo tomó por sorpresa, Tavárez Justo llegó a la conclusión de que por el momento no procedía el alzamiento guerrillero, aunque nunca lo expuso de manera explícita. No hay documentos que lo prueben, pero existen testimonios creíbles que señalan que algunos de los integrantes de la tendencia radical de la Infraestructura ejercieron presiones sobre el líder conminándolo a que aceptara la insurrección, ya que de otra manera lo denunciarían. Es probable que los dirigentes que más lo enfrentaron fueran Juan Miguel Román y Luis Genao. Hipólito Rodríguez comentó delante de Jorge Tello que Tavárez Justo estaba opuesto a la lucha armada, influenciado por Benjamín Ramos y Puchito García Saleta, y que de persistir en esa postura habría que abrir los frentes guerrilleros sin su presencia. También entre militantes de primera línea, a quienes llegaban informaciones de los procesos en la cúspide, se llegó a la conclusión de que si la dirigencia no decretaba la insurrección, ellos lo harían por su propia cuenta. Los portadores de tal posición se sentían confiados por las noticias de que los encargados cubanos alentaban al 14 de Junio a alzarse lo antes posible.



Las dudas de Tavárez Justo se reforzaron con motivo del asesinato del presidente norteamericano John F. Kennedy, ya que auguraba que, en lo inmediato, los golpistas dispondrían de mayor capacidad de maniobra. En esas condiciones la posposición de la guerrilla equivalía a una escisión del Movimiento 14 de Junio, lo que fue comprendido por Tavárez Justo, según explicó a Emilio Cordero Michel, cuando este lo instó a defender su postura en el seno del Comité Ejecutivo Central.

La pasividad con que obró el líder debió estar reforzada por la falta de beligerancia de aquellos que consideraban que la insurrección constituiría un gravísimo error. Algunos tomaron esa actitud por consideración a la organización y a su líder, conscientes de que la Infraestructura controlaba los hilos de las acciones prácticas. Otros, como Máximo Bernard, decidieron aislarse debido a la convicción de que no había nada que hacer ante un fracaso seguro. Ni siquiera se prestó atención a criterios resultantes de la ponderación realista de las circunstancias, como los manifestados por Máximo Bernard y Fidelio Despradel de que no procedía por el momento abrir frentes guerrilleros formales, sino infiltrar pequeños grupos en los campos. Solo excepcionalmente algunos intentaron oponerse a la insurrección: y más bien a última hora, como hicieron Benjamín Ramos y Manuel García Saleta, quienes no lograron apoyo. Pero incluso una parte de los que tenían mayores reservas no descartaban incorporarse a la lucha.

Emilio Cordero Michel explica que quienes cuestionaban la guerrilla se basaban en los propios lineamientos adoptados en la Infraestructura, consistentes en que el alzamiento guerrillero se produjese cuando las condiciones estuviesen maduras, tras movilizaciones de masas, huelgas y sabotajes. Agrega que “todo esto se echó de lado y, misteriosamente, desde finales



de octubre de 1963, cesó el estallido de bombas y otros actos” por órdenes de los que controlaban el aparato militar. “Se había decretado la insurrección”.

Tomada tal decisión, Tavárez Justo reafirmó su convicción de que el alzamiento guerrillero era pertinente, pues estaban creadas las condiciones por la existencia de un régimen ilegal e ilegítimo. Pidió a varios de sus amigos cercanos que lo acompañaran al frente guerrillero que él iba a comandar, sin mostrar la menor duda acerca de lo correcto del proceder. Esta actitud de último momento revela que tenía una visión ingenua de la lucha guerrillera, ponderada por él, de acuerdo a Manuel García Saleta, como un “paseo militar”. Esto valida la versión de que Tavárez Justo evaluó despectivamente los reparos que el Partido Socialista Popular (comunista) formulaba al proyecto guerrillero al aseverar que “cuando ellos comiencen a subir, nosotros comenzaremos a bajar”.

## Los Frentes Guerrilleros

La Infraestructura planeó dividir los efectivos en seis frentes guerrilleros distribuidos entre diversas comarcas montañosas de todo el país, además de dejar un colectivo que se dedicaría a acciones armadas en las ciudades. A Tavárez Justo se le asignó la dirección suprema desde su posición en el frente Enrique Jiménez Moya; que operaría en la franja norte de la Cordillera Central. Se consideraba el lugar que ofrecía mayores posibilidades de maniobra y en ese frente se concentraron algunos de los cuadros más confiables, encabezados por Fidelio Despradel, Emilio Cordero Michel y dirigentes locales, muy probados, de Santiago y Mao, como Juan Germán Arias y Marcelo Bermúdez.



Después de varias posposiciones, que mostraban las dificultades operativas que confrontó la Infraestructura hasta el final, el 29 de noviembre se iniciaron las operaciones en los distintos frentes. Tomaron parte cerca de 150 combatientes, la crema y nata de la militancia compenetrada con la insurrección. Hay indicios de que los organismos de Seguridad estaban al tanto de los preparativos y, a fin de cuentas, decidieron no obstaculizarlos.

Conforme a lo dicho más arriba, tras el golpe de Estado los dirigentes radicales habían logrado imponer el lineamiento de que se paralizaran las movilizaciones populares, por considerar que podrían conducir a soluciones intermedias de reposición de la legalidad constitucional que entrarían en conflicto con la insurrección. Lo más grave radicó en que el grueso de la membresía del 14 de Junio quedó aislada del aparato orgánico, reducido a los escasos centenares de cuadros vinculados con los organismos responsabilizados de las tareas insurreccionales. Culminaba la postura unilateral de este sector, que llegó al extremo de desconfiar de la movilización del pueblo. Esto implicó dejar a los guerrilleros aislados e inermes en las montañas. Los grupos que permanecieron en el Frente Interno de las ciudades ni siquiera recibieron orientaciones para recomponer la acción de la militancia y la convocatoria a la lucha del pueblo.

Desde el mismo inicio de las operaciones, en la generalidad de los frentes se puso de manifiesto la ausencia de condiciones de combate de gran parte de los participantes y, por ende, la improcedencia de la guerrilla. Esta fue vista como un acto romántico, sin relación con las precauciones operativas y los preparativos de todo tipo que debían cumplirse. Pocos, al parecer, evaluaron que en el monte habría que afrontar condiciones desventajosas. Algunos no llevaban abrigos,



frazadas o botas; otros no sabían manipular correctamente las armas; muchos no tenían noción de la prudencia con que debían consumir los alimentos. Parte de las armas resultaron afectadas por haber estado guardadas en la granja de pollos de la familia García Saleta. Incluso había combatientes enfermos que se enrolaron en esas condiciones por la convicción de que había que participar en la guerrilla, el sueño de tanto tiempo.

No se hicieron esperar los actos de indisciplina. Hasta donde puede establecerse, pocos estaban anímicamente preparados para afrontar la natural consecuencia de una guerrilla: estar listo a matar al enemigo. Contados campesinos participaron en los frentes, más allá de los guías preseleccionados, y aun entre ellos se produjeron deserciones. A pesar de que la causa contra el golpe era popular incluso en el campo, no hubo reclutamientos de campesinos durante las operaciones, señal de que, en las zonas de operaciones, no se había realizado un trabajo político previo de significación.

Al cabo de pocos días algunos frentes ya habían sido desarticulados en lo fundamental. Los contactos en el campo y los depósitos de alimentos fueron detectados por los organismos militares o saqueados por campesinos que habían visto cómo eran transportados en recuas de mulos y enterrados. No se resistían los enfrentamientos con las tropas perseguidoras del Ejército, pues conllevaban bajas, como sucedió en el frente Mauricio Báez en la Cordillera Oriental, donde cayeron Pipe Faxas, el líder estudiantil Luis Ibarra Ríos y el guía Ñaño Candelario. Los que mantuvieron una postura consistente no tuvieron los medios para revertir las cosas ante tantos factores desfavorables. En resumen, se había estado jugando a la insurrección por efecto de una falta de experiencia colectiva que llevó a hacer del paradigma cubano un espejismo.



Tras la derrota de los restantes colectivos guerrilleros el Frente Enrique Jiménez Moya quedó aislado. Pudo persistir porque se movía en un territorio más extenso y se habían tomado mayores precauciones por la presencia de Tavárez Justo. El fracaso de los otros frentes, sin embargo, no provocó comentario alguno del líder. Y, aunque debió resultarle amargo lo que acontecía, en todo momento mantuvo el criterio de que la guerrilla había sido válida. Las noticias de la radio mostraban que el Frente Interno había resultado un completo fiasco y que sus dirigentes, Roberto Duvergé y Juan B. Mejía, se habían limitado a actos aislados e inefectivos, así como a emitir boletines y comunicados plagados de falsedades. Lo cierto, según explicó Mejía años después, es que la Infraestructura no había dejado casi armas, los equipos conformados no tenían suficiente preparación y, en conjunto, se carecía de orientación acerca de qué hacer.

Con el paso de las semanas se produjo un creciente agotamiento de la mayor parte de los hombres del Frente Jiménez Moya, aquejados por la carencia de alimentos. Por estar en una zona despoblada, esos guerrilleros no pudieron entrar en contacto con campesinos, lo que evidencia los malentendidos que acompañaron los conocimientos de experiencias guerrilleras en las décadas previas en China, Vietnam y Cuba.

Cuando se llegó a la conclusión de que no había esperanzas de subsistir, se convino en enviar una delegación a Santiago en búsqueda de refuerzos o de medios para retornar a la ciudad. En ella se encontraban el comandante del frente, Fidelio Despradel, y el guía Domingo Sánchez Bisonó, *El Guajiro*, además de dos de los hombres con mejores condiciones, Chanchano Arias y Marcelo Bermúdez. La ausencia del guía



resultó fatal para la tropa, que no sabía cómo desplazarse por las montañas. El fracaso de la misión, a resultas de la muerte de Bisonó y la captura de los demás, conllevó la conclusión de que todo había terminado y que solo restaba determinar qué hacer.

## Rendición y fusilamiento

Tavárez Justo decidió romper el procedimiento militar, que supone que la comandancia tiene plena capacidad de mando, y puso el asunto en manos del conjunto de los guerrilleros. Hay versiones no coincidentes sobre lo acontecido en una reunión convocada al efecto. Algunos de los sobrevivientes no han querido hasta ahora ofrecer testimonio. Pero con seguridad, la mayor parte de los guerrilleros se mostraron favorables a la rendición junto a Tavárez Justo, por considerar que les garantizaba la vida. Varios de ellos estaban extenuados y tenían que ser cargados o auxiliados durante las caminatas. Se ampararon en la oferta del Triunvirato, que por medio de volantes y avisos radiales garantizaba la vida de quienes se rindieran.

El triunviro Manuel Enrique Tavares Espaillat, en una alocución, aseguró que no pasaría nada a quienes se entregaran. Otros guerrilleros rechazaron de plano la rendición y solicitaron permiso para abandonar las filas e intentar ingresar subrepticamente a las ciudades. Fue lo que hicieron José Daniel Ariza, Luis Peláez y los dirigentes de Mao, José Crespo Minaya, *Joseito*; Napoleón Méndez, Polón, y Rafael Reyes, *Pitifia*. Tavárez Justo rechazó la oferta de estos y otros, como Emilio Cordero Michel y su primo Leonte Schott Michel, de salvarle la vida conduciéndolo a la ciudad de Moca. Es posible que el líder no calibrara que su asesinato había sido decretado por los sectores de poder, pues comentó que le resultaría muy penoso retornar a la cárcel.



En efecto, el 18 de diciembre se celebró una reunión en el Palacio Nacional, a fin de evaluar qué hacer con los guerrilleros del Frente Jiménez Moya. De acuerdo al testimonio transmitido a Emilio Cordero Michel por un oficial de las Fuerzas Armadas que tuvo la oportunidad de escuchar parte de lo discutido, en ese encuentro participaron los triunviros Emilio de los Santos, Manuel Enrique Tavares Espailat y Ramón Tapia Espinal, algunos de los jefes militares, dirigentes de los partidos que apoyaban al régimen, como Mario Read Vittini, Viriato Fiallo, Horacio Julio Ornes y Miguel Ángel Ramírez Alcántara, además de algún que otro hombre de negocios o activista de extrema derecha. Se argumentó que había que fusilar a los guerrilleros cuando fueran capturados, pues si ellos triunfaban los fusilados serían los presentes en la reunión. Se resolvió que esa sería la medida a tomar, para lo cual se dieron las instrucciones correspondientes a los mandos militares. No debía quedar un solo guerrillero vivo, a pesar de lo cual no se retiró la oferta de que se les garantizaría sus vidas. Parece, por las informaciones existentes, que el único que protestó contra la decisión de fusilamiento fue el presidente De los Santos.

El 21 de diciembre, a poco más de tres semanas de iniciadas las operaciones, los guerrilleros que quedaban, 18 en total, acordaron entregarse, acogiéndose a las garantías ofrecidas por el triunviro Tavares Espailat, para lo cual se dirigieron al encuentro de un destacamento militar con banderas blancas. Se dispuso que un grupo de cuatro; compuesto por Cordero Michel, Leonte Schott Michel, Alfredo Peralta Michel y Juan Ramón Martínez, *Monchi*, chofer de Tavárez Justo, se adelantara para anunciar lo antes posible la rendición, ya que una parte de los restantes se encontraban en mala situación física, por lo que debían marchar lentamente.



Poco después de las 5:15 p.m., cuando comenzaba a anochecer en el día más corto del año, mientras caminaban por la inconclusa carretera entre San José de las Matas y San Juan de la Maguana, los integrantes de esa avanzada hicieron contacto con un jeep militar a poco más de dos kilómetros del caserío Alto de la Diferencia, en Las Manadas. El cabo José Ramón Tapia detuvo el jeep que conducía y se desmontó junto a dos soldados, y los cuatro guerrilleros se rindieron ante ellos. El cabo Tapia fue a buscar las armas dejadas atrás por quienes se rendían, y en esos momentos uno de los rasos comenzó a disparar, muriendo en el acto Schott Michel y *Monchi* Martínez. Alfredo Peralta Michel, mal herido, pudo ocultarse por un costado del camino y fue rematado al día siguiente. A Cordero Michel, que milagrosamente no fue blanco de varias ráfagas, le salvó la vida el cabo Tapia, quien censuró al soldado por su proceder criminal.

Cordero Michel fue llevado ante el oficial Ramiro Matos, comandante de las tropas perseguidoras. El guerrillero le explicó su intención de negociar la rendición del grupo y le informó del ametrallamiento de que fueron objeto él y sus compañeros. Cuando algunos militares presentes escucharon que los restantes guerrilleros venían detrás, en evidente excitación se desplazaron hacia la carretera abandonada.

En efecto, el grupo de 14 guerrilleros encabezados por Tavárez Justo venía unos tres kilómetros detrás de la avanzada. Existe la versión de que una patrulla del Ejército comandada por el teniente Juan Polanco, apostada a unos cinco kilómetros de La Diferencia, dejó pasar a la avanzada de los cuatro, pero detuvo a los restantes 14. Estos habrían permanecido detenidos mientras se recibían las órdenes. En ese transcurso, Tavárez Justo habría solicitado ser fusilado él solo. Añade otra



versión que, llegada la noche, poco antes de las 7.00 p. m., los guerrilleros estaban iluminados por los faroles de un vehículo militar cuando se produjo el ametrallamiento, por orden de oficiales presentes.

Los soldados se cebaron sobre algunos de los guerrilleros, cuyos rostros quedaron irreconocibles por la cantidad de balas que recibieron. Después de la balacera procedieron a repartirse las pertenencias de los caídos, incluyendo una suma de dinero que llevaba el líder del 14 de Junio.

Emilio Cordero Michel, ya en solitaria en la sede central de la Policía Nacional, logró escribir una carta a Rafael Herrera, director del *Listín Diario*, que hizo llegar a través de su esposa Josefina Peynado, ofreciendo detalles de todo lo que había visto. El conocido periodista se negó a publicarla, alegando que, de hacerlo, el guerrillero sobreviviente sería asesinado. Como era usual, el Triunvirato y los mandos militares adujeron que los guerrilleros cayeron en combate. Emilio de los Santos tuvo la entereza de presentar renuncia, seguido de algunos de los dirigentes políticos que participaban en el Gobierno, aunque sin osar denunciar lo acontecido.

Mientras familiares y amigos de los asesinados se ocupaban de desenterrar los cadáveres, tenía lugar una macabra fiesta en la residencia de un hombre acaudalado. Se brindó con champaña por la eliminación de “esos comunistas, que no molestarán más”. El anfitrión, satisfecho, proclamó: “Manolo Tavárez, listeishion” (expresión usada en esos días, tomada de un giro combinado con el inglés de la palabra listo para significar la muerte de alguien).

No dejaban de tener razón los reunidos: la desaparición del líder infligió un golpe insuperable a la organización política que sintetizaba las aspiraciones más nobles de la juventud.

